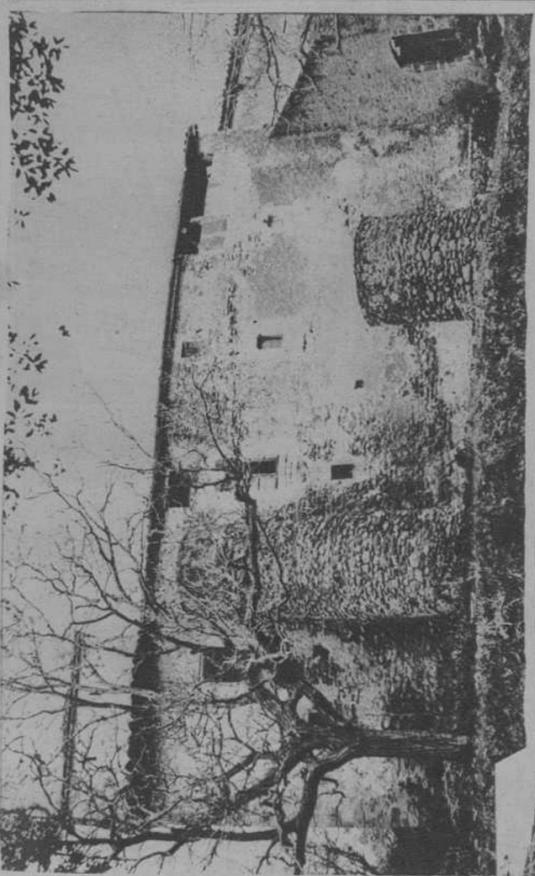


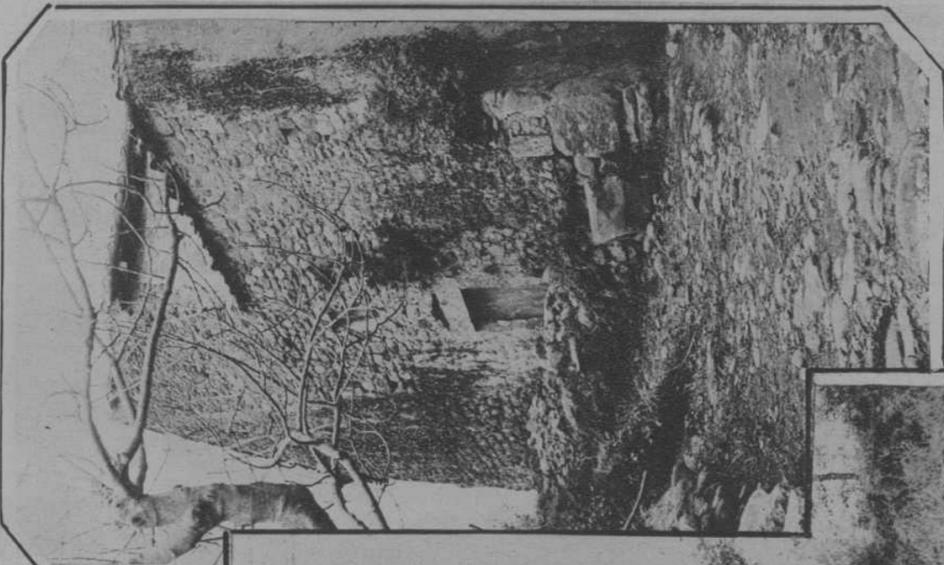
*El castillo
feudal de
Martis
en Gerona*



Lo que queda en pie del antiguo castillo



Entrada a lo que
fue castillo



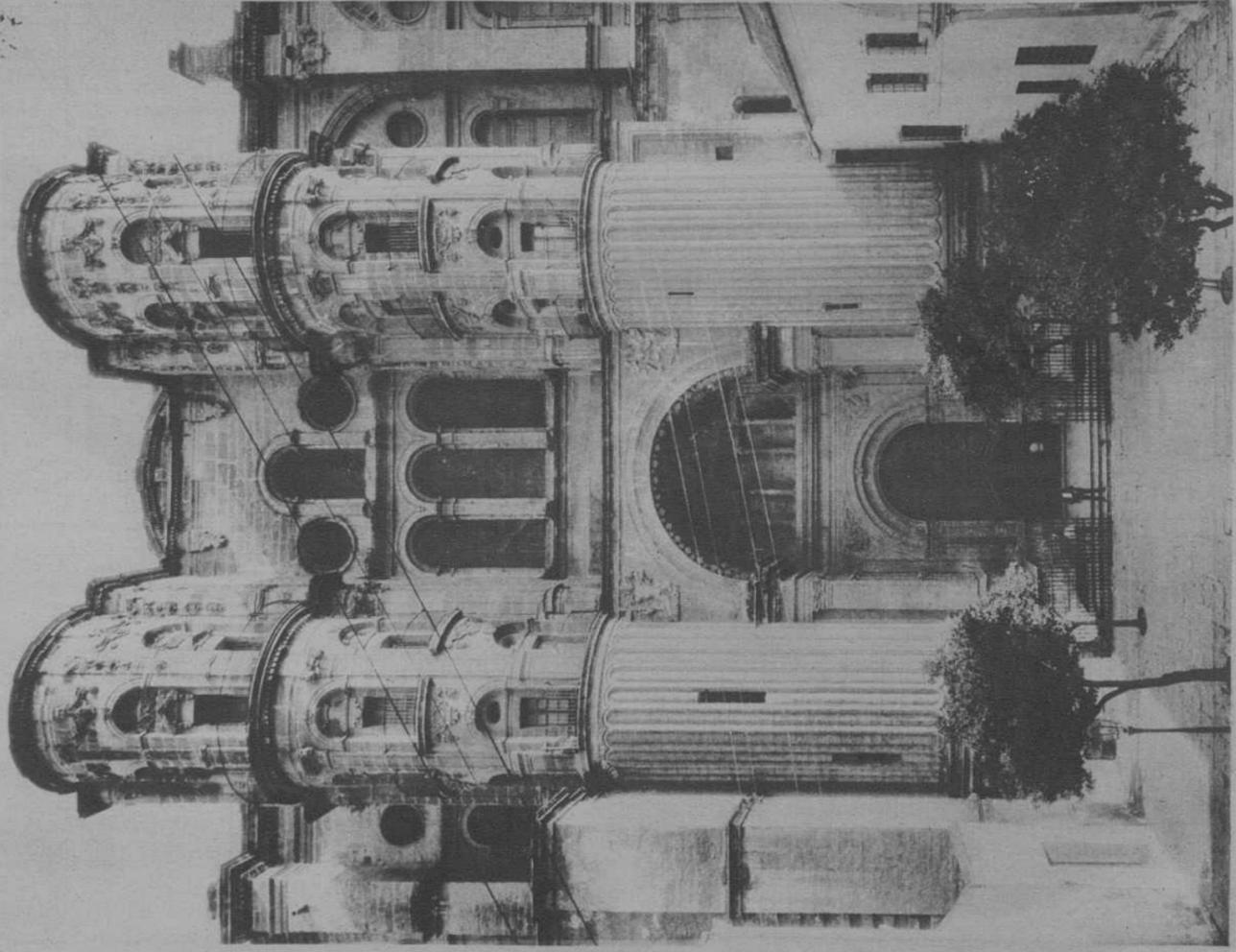
Una calleja humilde



(Fotos Vilá)

La solitaria Cruz
de término.

NUM. 160
EXTRAORDINARIA
 DE
El Día Gráfico
 MAYO 1929

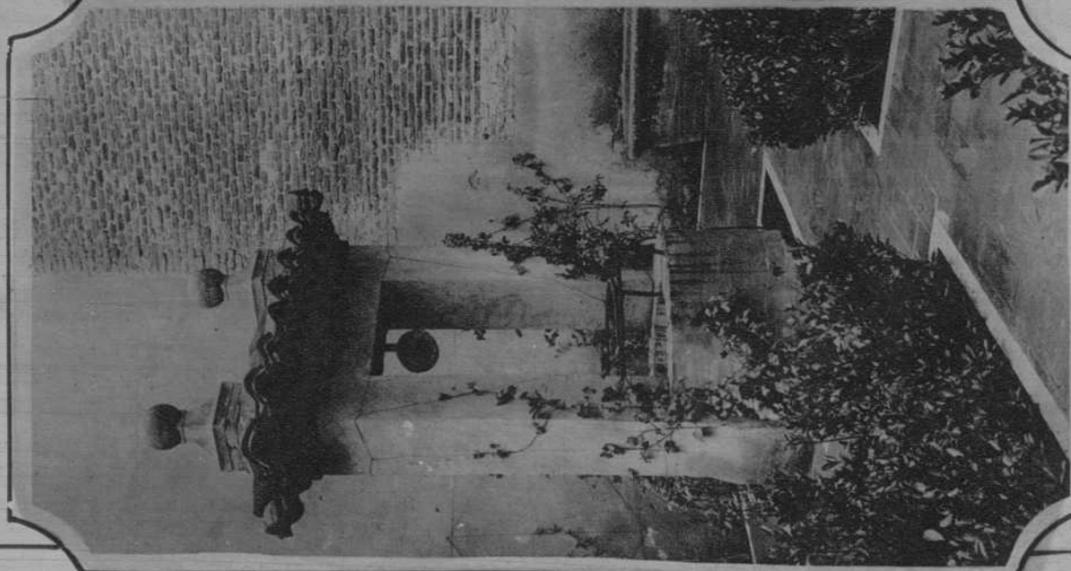


M A L A G A - LA CATEDRAL

(Foto Arxiu Mas)

La casa de Cervantes en Valladolid.

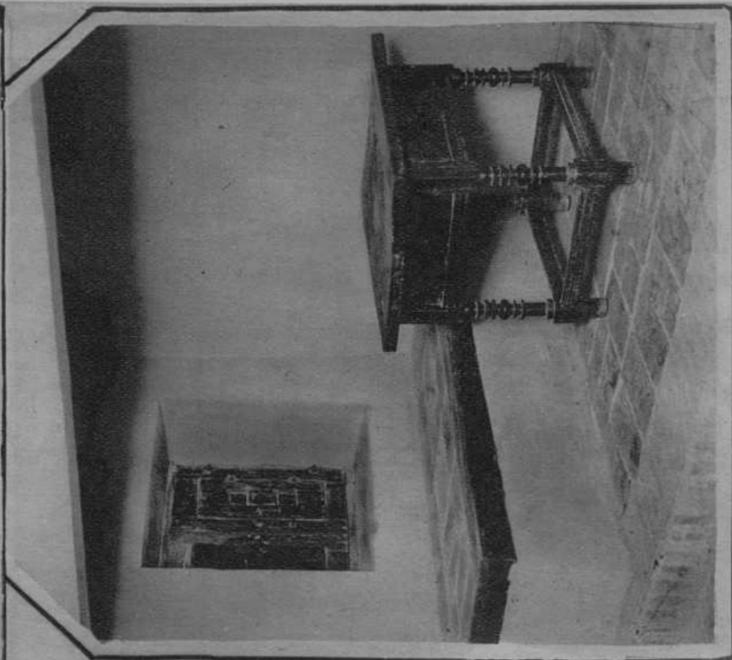
La casa donde vivió Cervantes durante su estancia en Valladolid, en la calle de Miguel Isca.



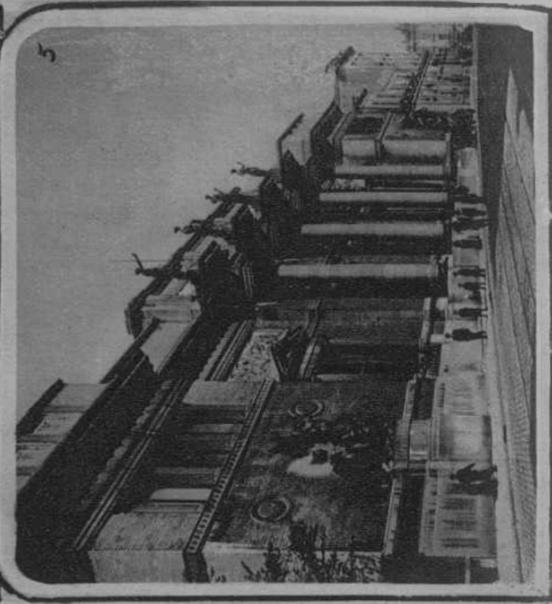
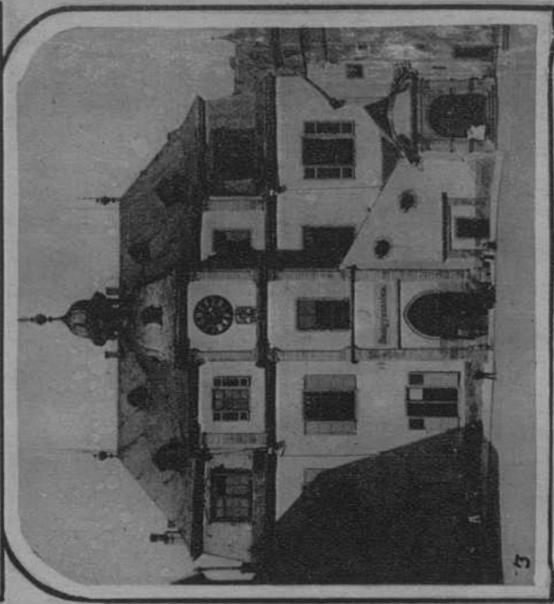
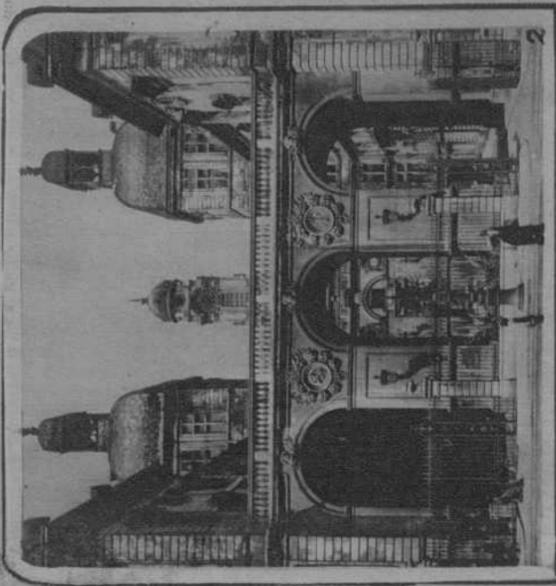
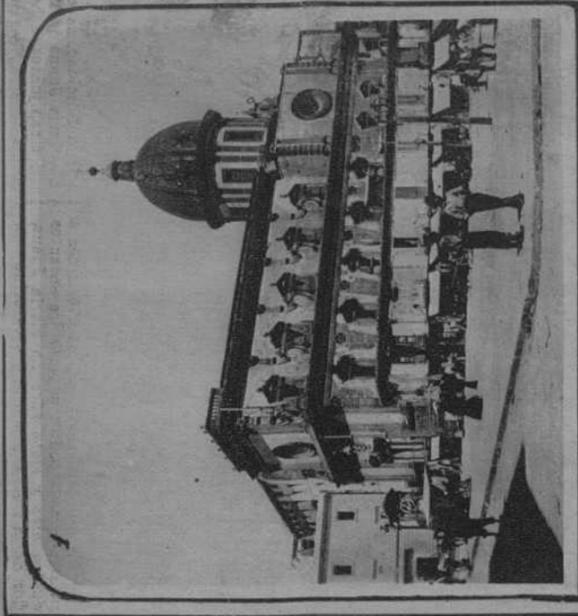
Un rincón del patio por donde un día distrajers, acaso, sus amarguras, el Manco de Lepanto.

(Fotos Vidal)

La habitación donde escribía el Glorioso autor del "Quijote".

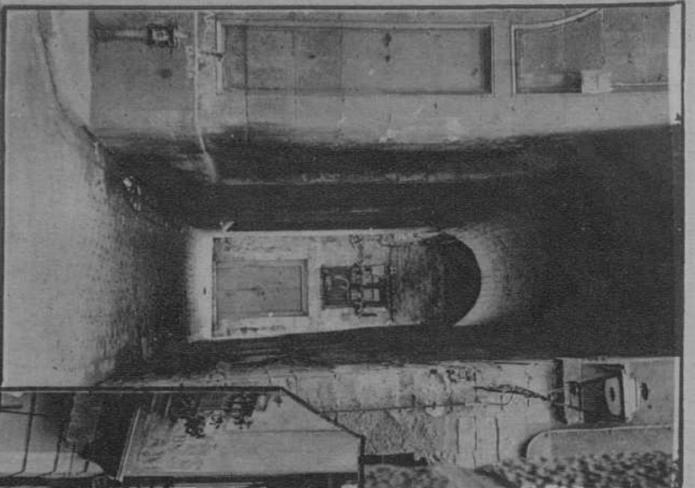


Comorama

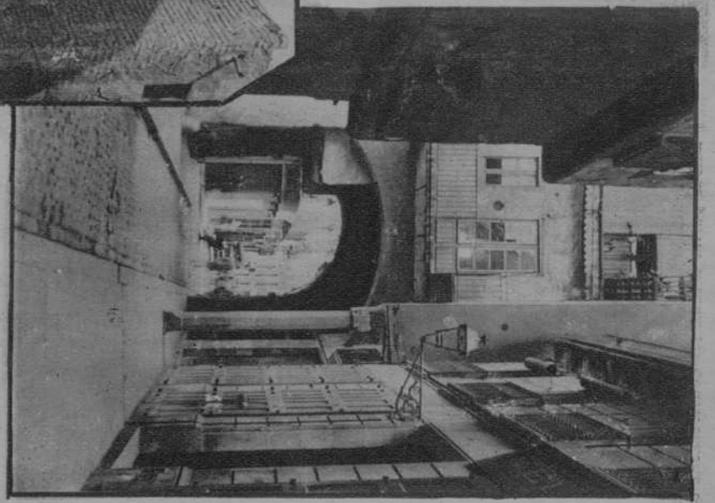


1. NAPOLES. Iglesia de Santa Catalina
2. LYON. El Ayuntamiento
3. COBLENZA. El Realgymnasium
4. ST. DENIS. Cripta de la Catedral
5. BRUSELAS. El Museo Real

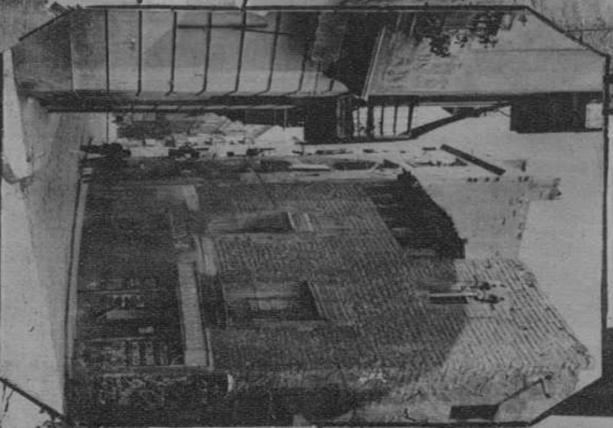
DE LA BARCELONA VIEJA



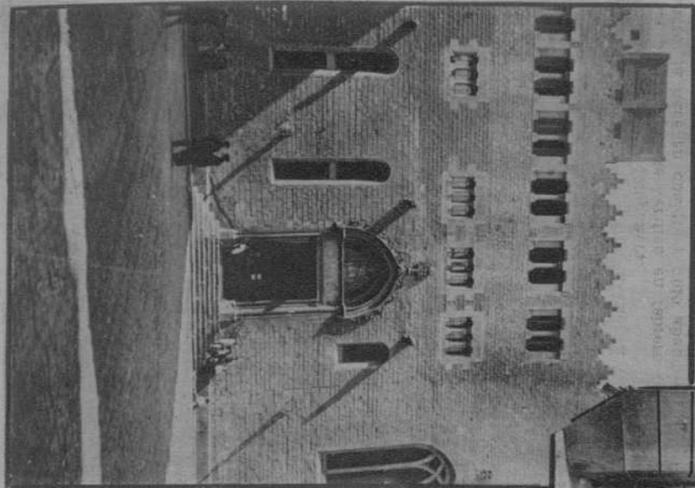
CALLE MALCUNYAT (Foto Carreras)



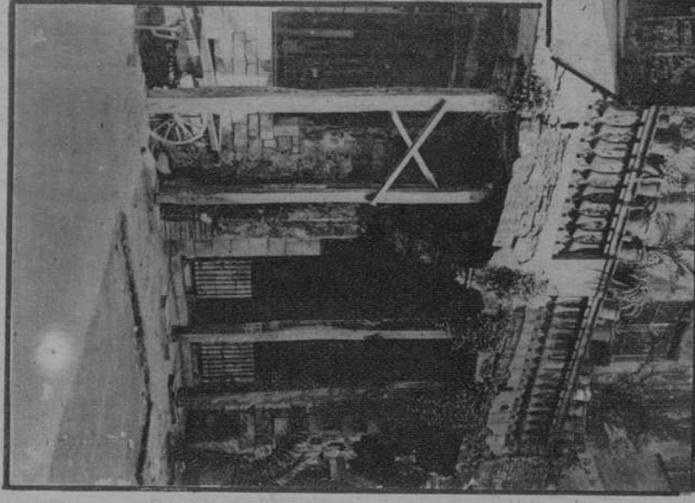
CALLE CAPUCHAS (Foto Carreras)



BALSAS DE SAN PEDRO (Foto Vilalta)

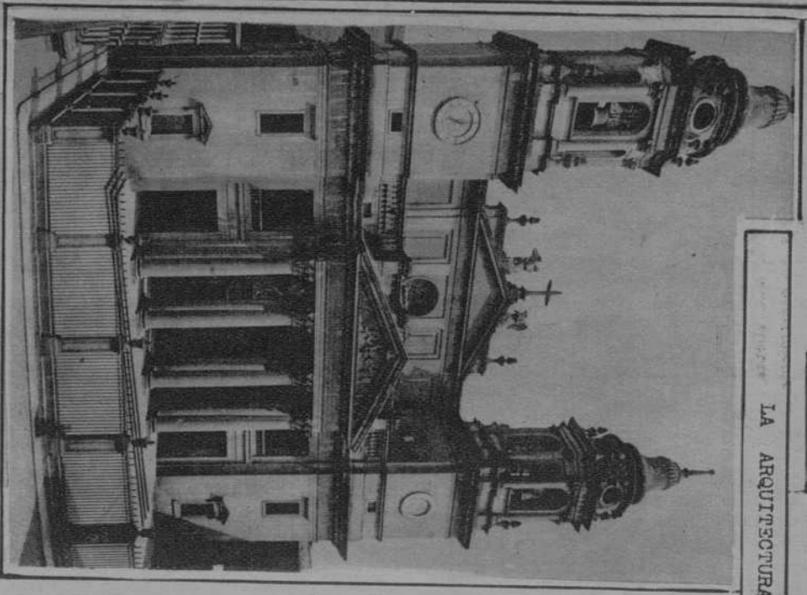


IGLESIA DE SAN PEDRO (Foto Carreras)

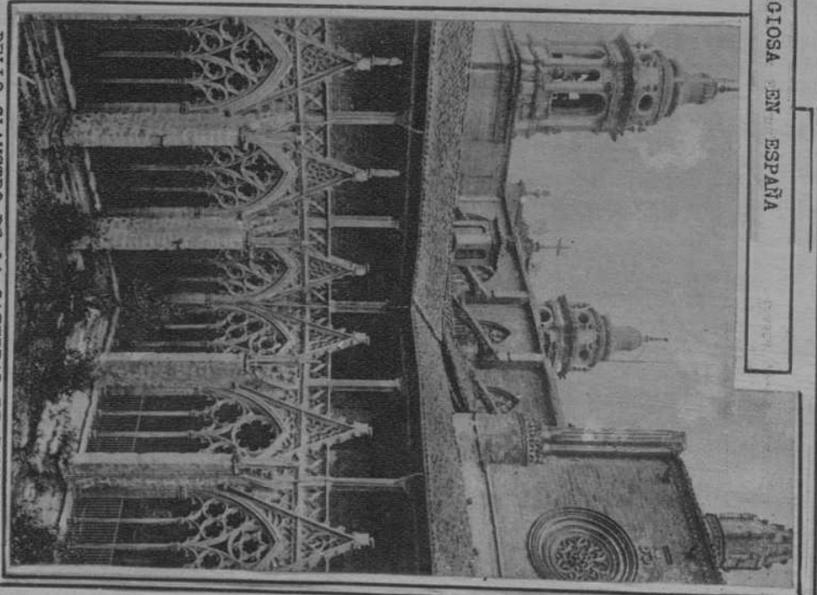


CALLE SAN SIMPLICIO (Foto Carreras)

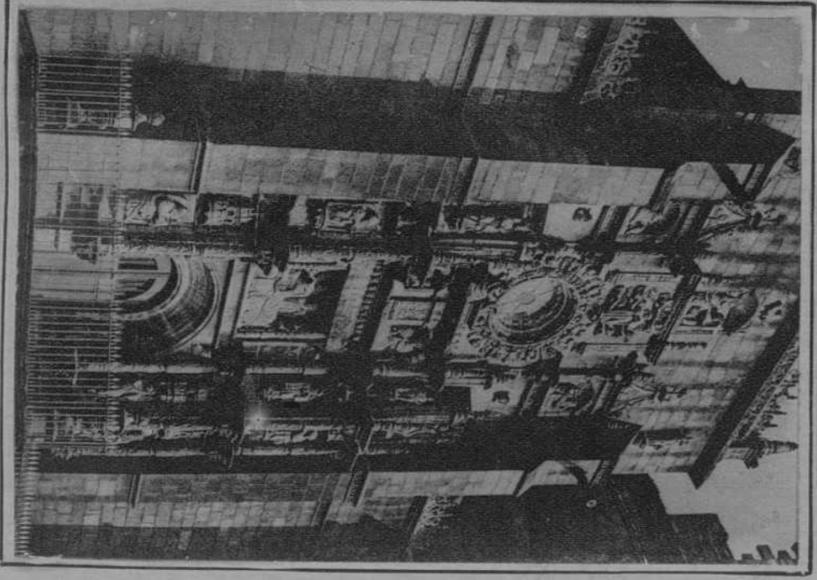
LA ARQUITECTURA RELIGIOSA EN ESPAÑA



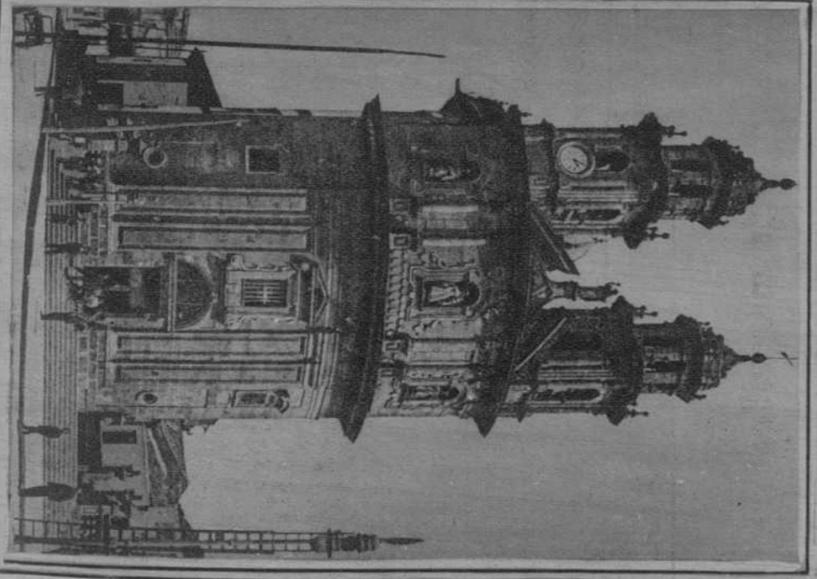
LA SEVERA CATEDRAL DE PAMPLONA



BELLO GLAUSERO DE LA CATEDRAL DE PAMPLONA

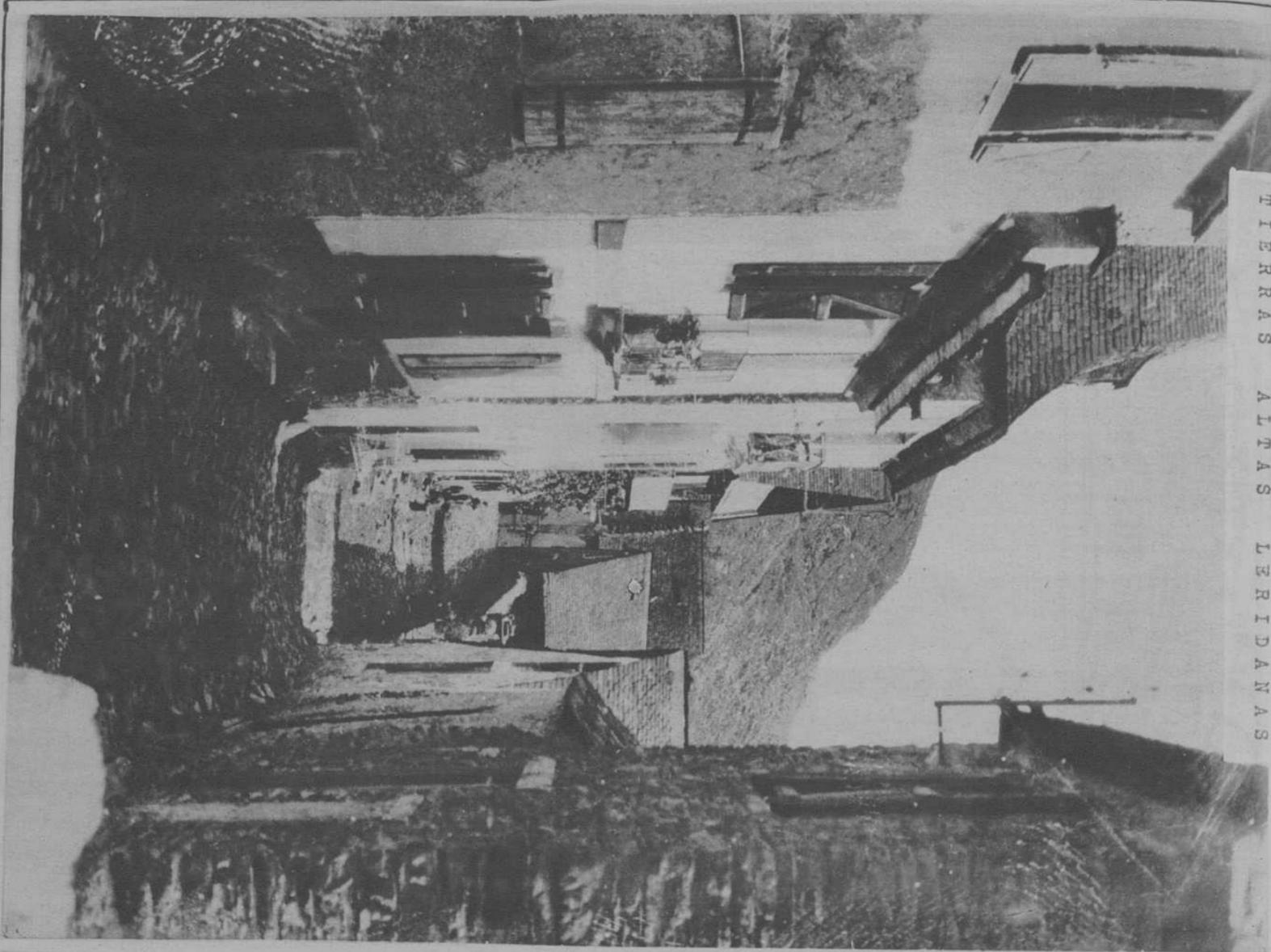


IGLESIA DE SANTA MARIA DE PONTEVEDRA



IGLESIA DE LA PEREGRINA DE PONTEVEDRA

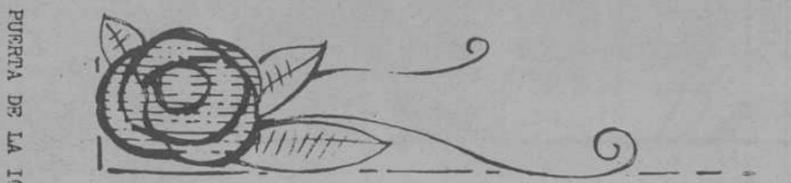
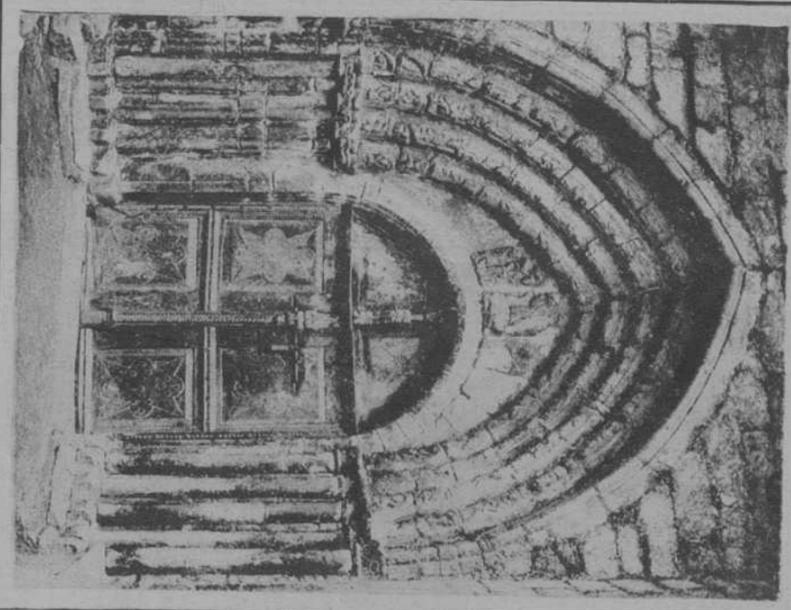
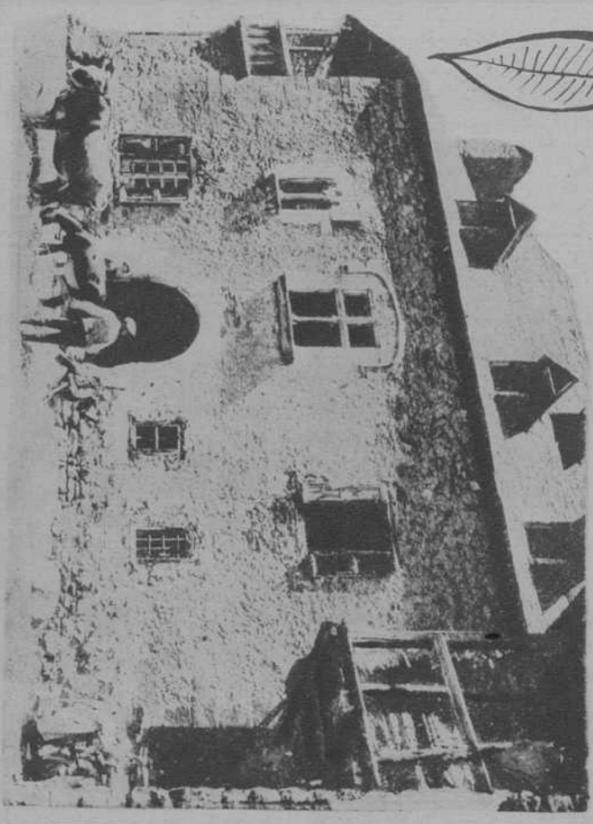
T I E R R A S A L T A S L E R I D A N A S



U N A C A L L E T I P I C A D E V I E L L A

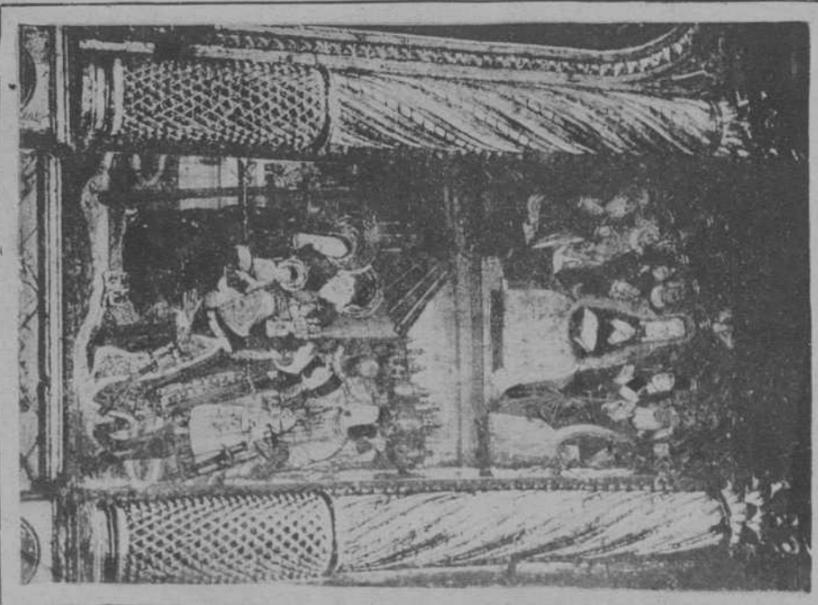
V A L L E D E A R A N . - P a n o r a m a
d e V i e l l a

U N A V I E J A C A S A A R A N E S A



P U E R T A D E L A I G L E S I A D E V I E L L A

U N R E C T A B . D E L A I G L E S I A D E V I E L L A





AMADOLIA

POR
FERMIN PALAU CASELAS

ILUSTRACIONES
DE
TERRUELLA

PAGINAS EXTRAORDINARIAS

La tragedia de un cariño imposible vive en otro ser, al que la también cruel sociedad de la aldea ha negado todo derecho: Pascualón. Es «el idiota». La idiotez que el vulgo forja, sabe dejar muchas veces un espacio para la bondad sin límites. Adora a María Juana. Más de una vez le ha parecido a ella leer, a través del relampagueo de los ojos de Pascualón, la página admirable de aquel cariño, escrita en momentos de irresistible impulso, en el alma del desgraciado.

Una tarde que pasea por el campo con Roberto, pasa Pascualón casi rozando la ropa de María Juana. Y la dice: «Mucho cuidado, María Juana, que a veces de la ciudad también vienen los lobos». Roberto toma esto como una frase más de las que salen de los labios del desequilibrado. María Juana se queda mirando a Pascualón, que se aleja por entre el valle, y piensa que en el alma del idiota han podido incluso albergarse los celos.

Se satisface Pascualón sólo con recibir alguna frase de reconocimiento de su adorada imposible. También comprende él que nunca podrá traducirse en realidad la dulzura de aquellos ojos de María Juana, que le miran con afecto. ¡Es «el idiota»!

Roberto, satisfecho su deseo ruin e inhumano de galanteador sin conciencia, se marcha a la ciudad, después de unos meses de promesas infieles, con las que dejó profanada la pureza de María Juana. El «señorito» no ha tenido ni la cortesía—es difícil ser cortés cuando no se tiene dignidad—de

de la aldea, deja tras sí la dulzura de su simpatía. Al discurrir por los floridos senderos del valle, parece una violeta más—la violeta más preciosa—al lado de las que crecen en el margen risueño y en el bosque frondoso. María Juana es humilde.

La sierra arriba y el valle abajo, con un río jugueteo que al pasar dice poesía, camina de otras tierras en las que, al juntarse con otros compañeros, aprende a seguir el camino de la ciudad, donde la vida bulle en inquietudes polidríacas.

De la ciudad ha llegado para María Juana, flor de la sierra y encanto del valle, una inquietud nueva. Se le ha metido piel adentro. Ha soñado con ella y por ella, ha pasado en vela largas horas de la noche. Es la pasión que todos llegamos a experimentar un día. Cupido dispara su dorada flecha y produce la primera herida en el corazón. ¡Ay, corazón tierno de María Juana!

¡Roberto! La cadencia de esas siete letras, acompañadas de la forma de un señorito vistoso y elegante, ha triunfado en la aldea, donde se encuentra alguna vez volas y sabe jugar un poquito al «tennis». Y aun, entre alguna lugareña que se cree distinguida, siembra la figura del señorito una dorada (?) esperanza. Roberto es un valor que se cotiza en la pequeña bolsa de la friolidad de la aldea minúscula. Y si en la vida de María Juana es verdad que no ha producido, de momento, ningún desasosiego, siembra después ese egoísmo del que casi nadie puede desprenderse, egoísmo de la propia belleza que todos ponderan y que aspira a merecer la aprobación del joven distinguido de la ciudad. Y, así, ante los galanteos insistentes de Roberto, que la dice cosas de la urbe y que recrea sus oídos con palabras que sueñan a felicidad, se enciende en el corazón de María Juana la llama del amor. Pasean juntos. Y beben juntos en la magnífica copa de la juventud. Los idilios tienen tanta vida...

«Si quieres hacer algo en la vida, no creas en la palabra imposible. Nada hay imposible para una voluntad enérgica. Si tratas de disparar una flecha, apunta muy alto, lo más alto que puedas; cuanto más alto apuntes, más lejos irá.»

Pío Baroja
Palabras hechas fortaleza. El discutido novelista traza la punta de la voluntad, en el sentido más amplio.

Si os fijáis, lectora amable y lector discreto, en la protagonista de nuestro cuento, y sabéis mirarla más con los ojos del alma que con los del cuerpo, veréis que supo regar con agua de perseverancia la flor de la ilusión, después de haber sufrido un cruel desengaño. Al nacer una alegría, muestra un dolor. Y así, entre dolores y alegrías, la vida se teje y desteje. Pero nadie desteje, en la magnífica tela de la juventud, la esperanza de un alma inquieta.

FLOR DE LA SIERRA
Quien afirma que las aldeas son modelo de sencillez y de ingenuidad, dice la más inocente de las mentiras. Por el contrario, quien asegura que en la vida rural todo es desconianza y mala fe, no está, tampoco, en lo cierto. Entre el espacio que nos deja este término medio, podemos tejer el poema de la humildad campesina, cuando esa humildad no ha sido profanada por algunos mal digeridos vientos de la urbe y cuando en el corazón no se ha escrito la palabra maldad.

Presentamos, en este marco envidiable, a María Juana, la protagonista de nuestro cuento, saltarina como la Mireya de Mistrál y noble como la Carmilita de Pérez Lugín.

Ninguna mujer—casi nos atreveríamos a jurarlo—habrá podido superar los encantos de los diez y siete años de María Juana, flor de la sierra, graciosa y vivarachita, más hermosa que el sol. Al pasar por las calles

de la aldea, deja tras sí la dulzura de su simpatía. Al discurrir por los floridos senderos del valle, parece una violeta más—la violeta más preciosa—al lado de las que crecen en el margen risueño y en el bosque frondoso. María Juana es humilde.

La sierra arriba y el valle abajo, con un río jugueteo que al pasar dice poesía, camina de otras tierras en las que, al juntarse con otros compañeros, aprende a seguir el camino de la ciudad, donde la vida bulle en inquietudes polidríacas.

De la ciudad ha llegado para María Juana, flor de la sierra y encanto del valle, una inquietud nueva. Se le ha metido piel adentro. Ha soñado con ella y por ella, ha pasado en vela largas horas de la noche. Es la pasión que todos llegamos a experimentar un día. Cupido dispara su dorada flecha y produce la primera herida en el corazón. ¡Ay, corazón tierno de María Juana!

¡Roberto! La cadencia de esas siete letras, acompañadas de la forma de un señorito vistoso y elegante, ha triunfado en la aldea, donde se encuentra alguna vez volas y sabe jugar un poquito al «tennis». Y aun, entre alguna lugareña que se cree distinguida, siembra la figura del señorito una dorada (?) esperanza. Roberto es un valor que se cotiza en la pequeña bolsa de la friolidad de la aldea minúscula. Y si en la vida de María Juana es verdad que no ha producido, de momento, ningún desasosiego, siembra después ese egoísmo del que casi nadie puede desprenderse, egoísmo de la propia belleza que todos ponderan y que aspira a merecer la aprobación del joven distinguido de la ciudad. Y, así, ante los galanteos insistentes de Roberto, que la dice cosas de la urbe y que recrea sus oídos con palabras que sueñan a felicidad, se enciende en el corazón de María Juana la llama del amor. Pasean juntos. Y beben juntos en la magnífica copa de la juventud. Los idilios tienen tanta vida...

de la aldea, deja tras sí la dulzura de su simpatía. Al discurrir por los floridos senderos del valle, parece una violeta más—la violeta más preciosa—al lado de las que crecen en el margen risueño y en el bosque frondoso. María Juana es humilde.

Me puse a pasear por delante de ellos, por ver si lograba ahuyentarlos de aquel sitio.

Así transcurrió un cuarto de hora.

Don Luis no venía y los amantes no abandonaban su sitio.

En aquel momento de ansiedad hubiera querido tener la vista de un lince para ver hasta el final del paseo, oculto completamente por las opacas nieblas de la noche.

Resuelto a todo y molestado con los amantes importunos, me senté en el mismo banco que ellos.

Este rasgo de imprudencia les sobresaltó, al parecer, puesto que inmediatamente ella se echó el velo sobre la cara, y él, sacando un pañuelo, se cubrió disimuladamente el rostro.

Después de esto se levantaron y se fueron en dirección a la calle de Atocha. Tal vez me habían tomado por un rival celoso.

¡Pobres gentes! No sabían el favor inmenso que con su fuga me hacían.

Dueño del campo, y no viendo a nadie que pudiera hacer infructuosa la empresa que proyectaba, respiré con más libertad.

Reconocí el bolsillo de pecho de mi levita por ver si me había olvidado algo. Todo estaba en su sitio: un puñal, que aquella tarde había comprado, salía perfectamente de la vaina; pero quise ser más precavido, y lo dejé en el mismo bolsillo, pero desenvainado.

Se aproximaba el momento de mi venganza; pero era el primer crimen que iba a cometer, y para no desistir, fué preciso que recordara la desgracia de Marta y el conato de envenenamiento.

Esto reanimó mi valor.

Por fin, el reloj del convento de Atocha dió diez campanadas.

Era la hora, pero nada se veía por el paseo.

Gruesas gotas de sudor caían por mi frente.

Aquella tardanza me producía dos efectos enteramente opuestos.

En aquel momento deseé que viniera, para vengarme, y quería que faltara a la cita, para evitarme un crimen.

Confieso que pasé una media hora horrible.

Por fin divisé un bulto que se acercaba pausadamente hacia mí.

—¿Será él?—me dije introduciendo la mano derecha en el fondo de mi bolsillo.

El bulto se acercaba.

Yo permanecí inmóvil, enclavado en el asiento.

Llegó a donde yo estaba, y fui a levantarme, pero inmediatamente me dejé caer en el banco.

Era un inválido que se encaminaba a su cuartel.

Aquel hombre ni siquiera reparó en mí, pues era ciego.

Transcurrió un minuto, y otro bulto se divisó entre las sombras al final del paseo.

Esta vez no me había engañado.

Era Sánchez, el hombre que esperaba.

—Buenas noches, don Luis—le dije, procurando dominarme.

—¿Es usted, Alejandro?—me respondió.

Caí de rodillas a sus pies, no sin sentir que el rubor asomaba a mi rostro. Me latió el corazón de vergüenza.

Don Luis me levantó con bondad, y me dijo:

—Es preciso no perder el tiempo.

Y se dirigió a una mesa, sacando de uno de los cajones algunos billetes de Banco.

Al ver el papel moneda le dije:

—Eso no me sirve. Es preciso que usted me dé el dinero en oro y plata; el papel es mala moneda para viajar.

—Puede usted cambiarlo.

—Le será a usted más fácil mandar a un criado; además, necesito que me traigan un coche de plaza que me lleve a Chamberí, donde está el hijo de Marta. En casa de la nodriza pasaré lo que queda de día. Nos citaremos para esta noche, y usted irá a entregarme el pasaporte y el dinero. Después, sólo me resta recomendarle a usted el pobre huérfano, y que guarde un profundo silencio sobre ese desagradable asunto.

Don Luis tocó el timbre, y dijo a un criado:

—Avisé usted a un coche de plaza.

Después, cuando nos quedamos solos, continuó:

—¿Dónde nos veremos esta noche?

—Donde usted guste, siempre que sea un sitio poco concurrido, pues tengo miedo.

—Elija usted el que le parezca más conveniente.

—En el paseo de Atocha, junto al arca del agua.

—Corriente. ¿La hora?

—A las diez.

—No faltará.

—Con el dinero y el pasaporte.

—¡Es claro!

—Confío en la palabra de usted, caballero.

—Hace usted bien en confiar.

Estreché con entusiasmo la mano de aquel hombre, y le dije:

—Al despedirme esta noche, tal vez para siempre, le daré a usted las señas de la casa en que vive la nodriza del pobre huérfano.

—Ese niño queda bajo mi protección.

—Así lo espero.

El criado entró a decir que el coche esperaba.

Salí de aquella casa.

Al entrar en el coche, me dije:

—No he desempeñado mal la farsa: si me cree, tanto peor para él; si se marcha, en ese caso, vuelta a viajar en su persecución.

aldea, María Juana asiste a los funerales de la más dorada ilusión. Una noche, entre el silencio de las calles tranquilas, llega hasta María Juana la conciencia de una copia. Empezar el círculo. En la rueda de todos los oídos, éste es para la aldea de dolor profundo, acorcho.

Se enamoró María Juana de un señor de la ciudad. Ay, que la ciudad, a veces, también sabe traicionari. Y parece que la copia no es fruto de la ruidosa campesina. Tiene la subidita de la prevención. Y da en la ligera plañamente, haciendo brotar unas lágrimas amargas de unos ojos de cielo.

RENACER

Bello renacer! Esperanza que torna, después de unos meses. La voluntad se yergue de nuevo. Es el tojer y deslejer de la vida. María Juana ha cumplido diez y ocho años. Parece como si el dolor, pasados los momentos del desengano, la hubiera hecho más hermosa aún. Es muy torpe mi pluma para describir justamente la belleza de sus ojos claros y la magnificencia de su cuerpo escultural, todo esto enaltecido por su gra-



cia indiscutible y por su bondad sin límites.

Aguien la convence de que mande su fotografía para uno de esos concursos de belleza tan puestos de moda. María Juana obtiene el primer premio.

Llega a ser actriz de la pantalla. Con su constancia y con su simpatía y con su belleza, cada día más a tono con el ambiente, llega a conquistarse un prestigio. Señalamos a un colaborador excelente: Federcio. ¿Quién es? Un periodista. Arrádo-

por las cualidades que adornan a María Juana, la protege decididamente. La protección tornase simpática. La simpatía afecto. El afecto, pasión que sabe tejer, al correr de las horas, el poema magnífico de una felicidad dorada. Así se comprenden dos vidas. Así se aman.

Federcio y María Juana son prometidos. Ya no se llama María Juana. En el mundo de la pantalla su nombre es «Amapolas». Entre los trigueros de la ilusión, la amapolas del amor renace con todos los vigoros. Encarnada, tal vez por el rubor



de los besos del campo de la vida hecho floración, como un símbolo de futura fecundidad, se mece en el valle de oro de la esperanza. Cada espiga, un suspiro. Allí, en la minúscula aldea, como un tintineo de gloria, su nombre vibrará en las vidas de los que venzan. Y lo pronunciarán con orgullo los humildes campesinos: «Amapolas!»

Hace unos dos años que Roberto, por exigencias de sus negocios, vive en América. Más de una vez ha recordado, entre el bullicio de las urbes inquietas, la simpatía y la humildad de aquella campesina a la que enamoró canallescamente.

Tiene lugar la escena en uno de los más elegantes salones de Nueva York. Proyectan una película que se titula «La ley del corazón». ¿Protagonista? «Amapolas».

Sin duda, ha visto varias veces su fotografía en alguna revista ilustrada, pero es ahora, en la pantalla, que Roberto tiene el convencimiento de que aquella «Amapolas» que tiene ante sus ojos no es otra que María Juana... Sus gestos, estudiados. Su cuerpo, con el refinamiento de una gran artista. Pero la expresión de bondad y de ternura de sus ojos, la misma. «Amapolas» desempeña en la película un papel de muchacha humilde que llega a enamorarse. Parece que todo se junta para señalar, ante la vida de Roberto, una lección bien merecida.

Y Roberto busca a la mujer que ha visto en la pantalla. La busca con afán. Y la encuentra... ¿Ha hablado en su alma una reacción? ¿Comprende ahora la magnitud

de su innoble conducta? La vida teje. La vida desteje.

—La he buscado. Ta he buscado. He pedido las señas de tu domicilio—y este etus tiene en los labios de Roberto el titubeo de la duda—. Aquí me tienes. Vengo a preguntarte, primero, si eres tú la María Juana que yo conocí en la aldea.

—Yo soy, aunque ahora con el nombre de «Amapolas», con el que quiero reverenciar la humildad de mi origen campesino. Se lo digo, perdonándole este tuteo al que creo no tiene derecho después de su proceder.

—Perdóneme usted, «Amapolas. Mejor»

perdóneme usted, María Juana. Vengo, sinceramente, a decirte que es mi deseo rehacer mi mala acción, que quedará borrada, con mi arrepentimiento, de una manera definitiva.

—Imposible. Yo me permito suponer que usted, ahora, solamente viene a mi alrededor por mi fama y por mis prestigios y hasta por mi posición. Además, mi vida pertenece a otro. Cuando era aún la ignorada María Juana, un hombre supo protegerme de verdad. Nos amamos después. Somos ahora prometidos. Nos hemos jurado fidelidad. Cumpliré mi palabra. No podría ocurrirme nunca repetir el caso inhumano de usted, verdadera estupidéz en esa trama de prejuicios sociales que pone una barrera en las vidas de los pobres. Imposible! Imposible!

María Juana quiere que sus bodas con Federcio se celebren en su aldea natal. Y es su deseo asociarlas con la inauguración de unas escuelas que ha donado a los lugareños, en ofrenda generosa de cariño y de protección. Que los niños y niñas vayan allí, a beber en la limpiada fuente de la cultura y a buscar el alimento para sus tiernas inteligencias, muchas veces profanas.

La vieja campana del modesto campamento de la humilde iglesia toca a fiesta. El paso de María Juana y Federcio por las breves y contadas calles, es triunfal. Solo un pobre lugareño ve consumirse en el fuego de un amor imposible, a pesar de reconocer la justicia de la fiesta y de sentirse devoto de la belleza de María Juana, su san'a terrenal: Pascualín. María

—Entonces, basta de música—dijo Angela.
—Acabad pronto—repitió Consuelo.
—Al momento—respondieron los de arriba.
—Ea, muchachos, en marcha, con la música a otra parte—dijo el señor Blas a sus discípulos—. Este recibimiento me recuerda el tiempo en que yo recorría las calles de la corte tocando al aire libre.
La nube se disipó poco a poco, y los amigos de la higuera dieron por fin un descanso a sus maltratados tímpanos.
—¡Con qué placer he presenciado la ruidosa escena que acaba de tener lugar al pie de este árbol!—les dijo Uacista—. La familia, cuando está unida en la tierra, es la imagen de la felicidad del cielo.
—En la ocasión presente, la familia ha sido inoportuna—dijo Juan Antonio—, pues ha venido a quebrar el hilo de tu relato por lo más interesante.
—¿Y qué importa? Volveremos a reanudarlo.
—Sí, sí, continúa.
—Pero bebamos, porque voy a describir el final de un drama que empezó como una comedia.
Los jóvenes bebieron.
Uacista continuó de este modo:
—¿Adónde, señorito?—me dijo el cochero, abriendo la portezuela.
Yo no sabía adónde ir.
Todo me era indiferente, menos mi venganza.
Mi imaginación, preocupada por una idea fija, sólo existía para ella.
Le dije al cochero una calle, no recuerdo cuál.
Llegó, por fin, la noche, y sentí por todo mi cuerpo una agitación nerviosa, un malestar extraño.
Recuerdo que pasé mucho, sin fijarme en nada.
Serían, poco más o menos, las nueve cuando me hallé en la calle de Atocha, cerca del Prado.
Vi, a pocos pasos, un cafetín pobremente alumbrado por un quinqué.
No había nadie.
Entré en aquella casa y pedí una copa de ron.
Mientras saboreaba a pequeños sorbos aquel licor infernal, coordiné mis ideas y preparé mi plan.
Tenía en mi cartera, como he dicho, las dos cartas escritas en París.
Las saqué y las leí.
Entonces, encendiendo un fósforo, quemé la que estaba firmada por mi mano, hasta convertirla en ceniza, y guardé la otra en el bolsillo.
El péndulo del cafetín dió una campanada.
Aquel timbre metálico resonaba en el fondo de mi corazón como el eco de un gemido doloroso en mitad del silencio nocturno del campo.
Eran las nueve y media.
Pagué al mozo, y saliendo del café, me dirigí hacia el paseo de Atocha.
Estaba bastante solitario; pero dió la casualidad que en el banco próximo a la arca de agua había una pareja sentada.
Aquello era un estorbo.
Los amantes nocturnos me causaban una gran molestia sin que lo sospecharan.

CAPITULO VII

Final del drama

Aquí llegaba la narración de Uacista, sin que sus amigos se atrevieran a interrumpirle, pues se hallaban vivamente interesados, cuando de pronto oyeron un estruendo musical al pie de la higuera que les servía de albergue.
Aquel ruido produjo el efecto de una piedra tirada sobre las tranquilas aguas de un charco donde están cantando pacíficamente las ranas.
Ecequiel comprendió lo que aquello significaba, y se asomó a la "puerta del árbol".
El señor Blas y sus discípulos tocaban un vals polka con toda la fe de la juventud y todo el vigor de sus pulmones.
En segundo término, la familia se reía del efecto que iba a producir aquella serenata a la luz del sol.
—¡Oído, oído, señor director!—dijo Ecequiel.
—¡Ruido, ruido, digo yo, señor poeta!
—¡Sí, sí, mucho ruido!—repitió Angela—. ¡A ver si esos pájaros de la higuera se espantan y vienen a refugiarse a nuestro lado!
—Se prohíbe la música como medida higiénica—dijo Juan Antonio, asomando la cabeza por detrás de la de Ecequiel.
—Y nosotros prohibimos los médicos en esta casa—repuso Consuelo.
—¡Pero, muchachos! ¿Queréis bajar de ese árbol?—objetó Roque—. Hace dos horas que os halláis encaramados sobre sus ramas.
—Por ahora es imposible; estamos discutiendo una cuestión importante.
—¿Para España?
—No; para la curiosidad.
—¡Ah! Pues entonces, yo quiero tomar parte en el "debate"—exclamó Consuelo.
—El reglamento excluye a las hembras.
—Pues, ¡música!—gritó Angela.
—¡Sí, música, música, hasta que se les ofusquen las ideas!—dijeron todas las mujeres.
—¿Queréis música?—gritó el señor Blas—. Pues música tendréis. ¡Discípulos, galop infernal!
Y, efectivamente, aquella orquesta era un verdadero infierno.
La armonía huyó espantada.
Los árboles del jardín se vieron a pique de desgajarse como en tiempo del divino Orfeo, aunque por motivo contrario.
—Pero, ¿queréis dejarnos en paz, con dos mil de a caballo?—gritó Juan Antonio con toda la fuerza de sus pulmones—. Estamos muy ocupados, y desamos terminar pronto un asunto.



Pasatiempos



(SECCION A CARGO DE NOVEJARKYN)

Tarjeta

(Por SANTIAGO MESTRES)

5.^a
Es fruta primera dos que da comida y bebida, y te guarde siempre Dios ser cuatro prima en tu vida. Si el Nilo quieres cruzar hazlo con cuidado y modo de que pueda evitar ser comido por el todo.

Ana Cerbol

Combinar debidamente las precedentes letras de modo que formen el nombre de una ciudad española.

Charadas

(Por MARIA MARTI)

- 1.^a
Guárdate de que en tu casa pueda faltar el primera, en la mia, los raciones se nos lo comen de veras; para que tal no suceda, mis hermanitas dos prima tienen más dos tres que yo y hasta las más altas llegani; yo sólo quito la todo de la luz, para que vean.
- 2.^a
La primera es consonante, la segunda una virtud, el primadós es muy rico, prima-cuarta tienes tú; otra letra consonante es tercia y cosa común que en familias de buen tono costumbre es de exactitud. Para que la solución más pronto halles, diré aún: la todo es para servir prima-dos con pulcritud.
- 3.^a
La primera es cosa cierta de limpieza y de blanqueo, es prima dos la cabeza de mi pobrecito abuelo; segunda al mar el tres-cuatro muchas veces muy revuelto; el todo, donde un Gran Mártir, quiso morir por bien nuestro.
- 4.^a
Nota musical primera el dos miedo el niño da y entre la música está cual la prima la tercera. En cuaresma, la dos tres se halla en ventá en cualquier templo, y la todo, a más de ejemplo, solar de la infancia es.

G gruesa

Santiago Mestres.—Ahí va la tarjeta. Y no es que le desafie a usted, ni muchísimo menos; quise decir, que ahí va la tarjeta, la suya, la que usted me mandó para que yo se la publicara. Y se la he publicado, conforme queda demostrado... en verso y todo, para mayor claridad.

Maria Martí.—Ay, señorita, señorita... ¿Querrá usted creer que me da un poquitín de miedo haber cedido a la tentación de publicar sus charadas... porque están demasiado bien?

Alp.—Mi carta, que es feliz pues va a buscaros, cuenta os dará de la memoria mía... y de cuanto me satisfice contribuir a que pase en ese pueblo las tardes domin-gueras con la menor cantidad posible de aburrimento. Ahora bien: entro bostezo y bostezo, ¿quiere usted explicarme en qué terrible infundio se basa usted para asegurar que la solución de uno de los pasatiempos con que me favorece, es «Patillos»? Bueno... y no es obligatoria la explicación, ¿eh? Por mí... ¡repallitos a la mar!...

Picantillo.—A usted no le digo nada, amigo, usted es de casa, como quien dice... Isabel Velasco.—Queda usted incorporada a la lista de geniales pasatiempistas cuyos brillantes números hacen que esta sección esté debidamente alumbrada.

Lopitos.—La paciencia, es una virtud consustancial a la alta investidura de colaborador de esta sección. Sus pasatiempos llegaron oportunamente; pero, ¡hay tantos, sy, que esperan turno!... Saliéndome el turno a la torera (y guárdeme usted el secreto) le publico a usted hoy uno. ¡Para que luego diga usted que si fué y que si vino!...

NOVEJARKYN

El Día Gratuito

CUPON

QUE DEBE ACOMPAÑAR A TODO ENVÍO DE PASATIEMPOS

Las soluciones, en el número del martes.

PLUETAS DEL SIGLO XIX

El escritor Damián Campeny y Estrany

Flaugier y Campeny son las figuras más preminentes de principios del siglo XIX, ya que introdujeron en Cataluña las corrientes que dominaban entonces en el arte europeo. Campeny, amigo de Cánova, influyó en el arte catalán el remoto reflejo del helénismo, visto a través de una "reverie" romántica. Como su ídolo, se eleva del tosco nivel del oficio manual de escultor a la altura de un arte eminentemente aristocrático.

Natural de Mataró, nacido en 1771, fué bautizado en la iglesia parroquial de Santa María de aquella ciudad el 12 de abril de aquel año.

Su padre, de oficio guarnicionero, le enseñó su oficio, pero habiendo notado el reverendo don José Conín, beneficiado de la iglesia parroquial, la afición que tenía en el dibujo, consiguió se le dejara entrar como discípulo en el taller de un escultor que, bajo la dirección de Salvador Gurrí, de Barcelona, ejecutaba en Mataró el altar mayor de la iglesia citada.

Sus progresos fueron tan rápidos, que se trasladó poco después a la capital, entrando de aprendiz en el taller del citado Gurrí, del que salió cuatro años después, acusado injustamente de unos desperfectos ejecutados en una obra de su maestro. Estuvo también en calidad de aprendiz con los escultores Travé y Cabanyes, y trabajó algo en la ornamentación del edificio de la Aduana de Barcelona, bajo la dirección de Pedro Montaña. Ingresó como alumno en la Escuela de Nobles Artes, sostenida por la Junta de Comercio, pero fué expulsado de la clase de Escultura por el profesor Gurrí, su antiguo principal.

Molesto por la inquina de éste, abandonó todo estudio y se dedicó a trabajar por su cuenta en Cervera, Lérida y en el Monasterio de Montserrat, recogiendo algunos ahorros y al fin estableciéndose en Barcelona.

La Junta de Comercio, en 1795 abrió un concurso en la sección de escultura para proveer una plaza de pensionado, tomando parte en él Campeny. Ocho días antes de finalizar el plazo señalado para terminar los trabajos, encontróse éste con que una mano ene-

miga había convertido el suyo en una verdadero caricatura.

Mal dispuesto el director de la Escuela, contestó a sus quejas, que aquello era obra suya, para buscar una excusa, desanimado de no poder salir con la suya. Como prueba de lo contrario, ejecutó otra vez su estudio en los siete días que faltaban para espirar el plazo. En otro ejercicio dió igualmente pruebas de su talento. Dado el tema, los demás opositores empezaron sin pérdida de tiempo, no así él, que esperó hasta lo último, le concedió albergue en su suntuoso palacio



DAMIÁN CAMPENY Y ESTRANY

y en veinte minutos ejecutó su trabajo, que le valió el ser propuesto para la plaza de pensionado.

Elevada a Madrid la propuesta de la Junta de Comercio, temió que alguna influencia poderosa le privara de lo que con justicia era suyo. Para desconcertar a sus enemigos, manifestó públicamente que se dirigía a la corte para lograr pronto el despacho de su expediente. En vez de esto, permaneció en el Monasterio de Montalegre mes y medio, ejecutando una estatua de San Bruno y otros trabajos no menos importantes, y al volver a Barcelona dijo a sus amistades: "Si queréis saber dónde se está y lo que he hecho, id a Montalegre y criticad a mi San Bruno". La invitación fué aceptada y hasta su enemigo Gurri tuvo que rendirse a la evidencia.

Conseguida su plaza de pensionado, partió para Roma en 1799, pero teniendo que abandonar de los doce reales diarios de sus haberes la mitad a su padre, para atender a su subsistencia. Fué admitido como pupilo en casa del abate Conti Barsani, hábil pintor y restaurador de los Museos del Papa, y después en una academia particular, para perfeccionarse. En la Academia de San Lucas fué premiado en las oposiciones celebradas en 1798, con medalla de primera clase, y entró en las oficinas de restauración de obras de escultura del Museo del Vaticano.

Desde 1801 al 1803 transmitió a la Junta de Comercio diferentes obras que le valieron la prórroga de la pensión hasta esta última fecha. Su mayor protector fué don Antonio Vargas y Laguna, ministro plenipotenciario de España, cerca de la corte romana, quien le concedió albergue en su suntuoso palacio

y solicitó y obtuvo de Carlos IV una pensión de veinticinco duros mensuales por seis años, que comenzó a disfrutar desde noviembre de 1802. Nuevas obras de mármol y bronce transmitidas a la Junta de Comercio fueron pretexto para solicitar una nueva prórroga de la pensión barcelonesa hasta el año 1807 e inmediatamente otra hasta 1808.

La invasión de la Península ibérica por los ejércitos de Napoleón impidió que los subsidos de España continuaran ayudando a Campeny. Su permanencia en Roma fué de diez y ocho años, siendo considerado y respetado por todas las eminencias y especialmente por el célebre Cánova, no ejecutando ambos obra alguna que reciprocamente no hubiesen meditado ni corregido.

Regresó cubierto de gloria a España en 1815 y le fué concedida en 4 de enero del año siguiente una plaza de profesor, y en 1819 la de director de la clase de Escultura de la Escuela de Nobles Artes. En aquel mismo año fué llamado a Madrid, y el Key le otorgó el título de escultor de Cámara, y la Academia de San Fernando le hizo socio de mérito, ofreciéndole una plaza de profesor que no admitió.

Tantos honores, con todo, no le debían dar mucho producto, cuando en 8 de agosto de 1825 le vemos en Barcelona celebrar un contrato con la Junta de Comercio, ante el notario Roquer, en virtud del cual cedia perpetuamente, mediante una pensión de nueve mil reales para él y su esposa, en caso de fallecimiento, las estatuas en mármol "Paris", "Himencio", "Fe conyugal", "Diana la cazadora", otra "Diana" en bañorrelieve, los bustos "Talia" y "Genio del Capitolio", dos jarrones con decoración de bajos relieves, y al mismo tiempo se comprometía en componer anualmente una obra nueva en yeso y en ejecutar en mármol algunas otras obras suyas que aun no estaban en su materia definitiva.

En 1835 a 1827 fué nombrado teniente director de la Escuela de Nobles Artes, y en 1840 le fué ofrecida la dirección, que rehusó. Al transformarse aquella en Escuela Provincial de Bellas Artes y cesar la Junta de Comercio para nacer la Academia Provincial de Bellas Artes, conservó Campeny los derechos adquiridos y fué nombrado académico. Igual distinción le fué concedida por las Academias de San Carlos de Valencia (1820), San Luis, de Zaragoza (1845); Ciencias Naturales, de Barcelona, y Academia Libre, de Roma, siendo, además, miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País, de Barcelona.

Fueron discípulos suyos los artistas Joaquín Abella, Manuel Villar, Andrés Alen, A. Bellver, Ramón Padró, Agustín Ferrán, etcétera, etc.

De su fecunda labor esparcida en Roma, Madrid, Mataró y, según dicen Pirozzini y Elías de Molins, en América, Venecia, París y Viena, podemos admirar en Barcelona, además de las obras que posee la Cámara de Comercio y la Academia de B. A., la estatua de hierro de Galecán Marquet, que corona su monumento, y en el Museo de Bellas Artes (Arte contemporáneo) las esculturas Clootter, Lucrecia moribunda, Venus y Cupido, La Virgen con el Niño Jesús y San Juan, además de numerosos bocetos.

JOAQUIN BAS GICH

Páginas infantiles

HISTORIA NATURAL

EL BUHO

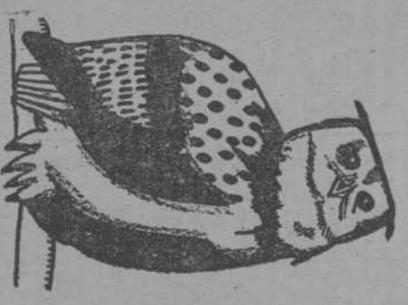
El buho pertenece a la familia de las estrigidas, aves nocturnas que llevan en la cabeza, encima de los ojos, dos mechones de plumas erectas que ofrecen cierta semejanza aparente con las orejas de algunos mamíferos.

El buho es ave que huye del trato social; figura en el escudo de armas de los latinos como recuerdo de haber sido salvado «changis», su primer emperador, por una de estas aves, según cuenta la tradición.

El buho, casi dos veces mayor que la cornalba en corpulencia, vive en los montes y pinarales aislados; sólo mientras la hembra incubaba sus huevos, el macho permanece en un árbol inmediato para atender a la subsistencia de su compañera.

La puestas, que se verifica en febrero o marzo, la hace en cualquier nido abandonado de urraca, paloma torcaz o de ardilla, pone de cuatro a seis huevos que se distinguen de los de las otras aves nocturnas por ser ligeramente ovalados, mientras los de las demás son esféricos.

Aun cuando considerada como ave de mal agüero, el buho es en realidad utilísimo, por la gran cantidad de musarratas, topillos, ratones de campo, murelajagos y topos que destruye y que son su principal alimento, si bien gusta también de los conejos, lo que



BUHO

hace que sea odiado por los cazadores y grandabosques.

El buho real, representa un género diferente, por más que en su aspecto y coloración se asemeja al buho común, pero mucho más grande, acordándose por el tamaño a algunas grullas. Esta especie vive siempre en los bosques y pinascales más solitarios, y sus costumbres son parecidas a las de las

GALERIA DE HOMEROS CIEGBRES

LUIS JAIME MANDADO DAGUERRE

Este célebre pintor, que en unión de Niepce inventó la fotografía, nació en París en 1787, siendo su padre funcionario del Estado.

Desde niño, Daguerre, demostró marcada inclinación al dibujo, y a los diez y seis años de edad fue discípulo de un pintor escenas de gran belleza. Inventó las llamadas pinturas dióramas, que en 1822 se hicieron públicas en una casa de París. Y se sostuvieron durante una serie de años.

El invento consistía en unas pinturas iluminadas ya, desde delante, ya desde atrás o de un lado, con lo cual cambiaban los efectos de luz y desaparecían unas figuras para aparecer otras. Era, en una palabra, el cine de aquellos tiempos.

Esta empresa, le proporcionó buenos ingresos, y si bien de vez en cuando se veía apurado por falta de dinero, pudo dedicar una parte de los beneficios que obtenía a sus antiguos ensayos, de los cuales, no obstante, nada había salido cuando en 1839 se dirigió a Niepce.

Durante largo tiempo, mantuvieron Niepce y Daguerre correspondencia, sin que osara manifestar sus secretos abiertamente el uno al otro. Finalmente, en 1839, por iniciativa de Niepce, llegaron a un convenio con objeto de formar una compañía y trabajar juntos en el desarrollo de la heliografía o



LUIS DAGUERRE (1781 - 1851)

fotografía. La aportación de Niepce a la compañía la constituyeron los descubrimientos hechos hasta entonces en relación con la precedencia de imágenes por efecto de la luz. La parte de Daguerre fue una nueva disposición de la cámara oscura y su talento y pericia. Estas aportaciones de ambos partes debían ser consideradas como

de igual valor y los beneficios, en su consecuencia, habían de repartirse por partes iguales. Niepce entregó a Daguerre una exposición detallada de sus métodos.

En el año siguiente, los dos trabajaron en la realización de sus proyectos. Daguerre en París y Niepce en Chalons, comunicándose los dos sus resultados.

Pero estaba escrito que Niepce no había de ver el fruto de su trabajo, pues falleció en julio de 1839.

Su hijo, Isidoro, entró entonces, como sucesor de su padre, en la compañía formada con Daguerre. Este, que introduciendo el yoduro de plata como materia sensible a la luz, había acertado con la forma práctica del invento, quiso que se variara el contrato, de manera que la fotografía realizada con el yoduro de plata llevara únicamente el nombre de Daguerre.

Inmediatamente intentaron encontrar gente rica para explotar el invento. Como no lo lograron, quisieron formar una sociedad por acciones. Tampoco en esta forma lograron lo que querían, y, finalmente, decidieron ofrecer al Gobierno el invento. Comenzaron por interesar al famoso naturalista Arago, a quien enteraron de todo.

Arago comprendió la importancia magna del descubrimiento, y gracias a sus ánimos

y negras, el asunto fue encauzado por recto camino.

En 3 de julio de 1839, la Cámara aprobó la proposición, previo informe de la Sociedad Científica. Y el invento pasó a ser propiedad del Estado, recibiendo los inventores, como recompensa, una pensión anual

de 6.000 francos para Daguerre y 4.000 para Niepce, cantidad algo misera si se tiene en cuenta la importancia del invento. Después de Daguerre y Niepce, muchos han ganado fortunas con pequeños negocios de fotografía. Pero, como ya hemos dicho que ni uno ni otro consiguieron procurarse el capital necesario para la explotación del negocio, tenían, pues, razón de estar satisfechos de los resultados obtenidos.

Es verdad que Daguerre había entregado a la nación su famoso invento, de tal suerte, que no podía monopolizarlo; pero no había renunciado al derecho que tenía cualquier ciudadano de dedicarse a la fotografía, y al comercio de artículos fotográficos. Daguerre formó sociedad con un fabricante de cámaras oscuras, y como el hecho de encargarse el Gobierno del invento dio enorme publicidad, tanto a la fotografía, como a los inventores, la venta, naturalmente, fue grande, y Daguerre ganó mucho dinero.

En 1839, Daguerre recibió de Austria una medalla de oro, regalo de los artistas de aquella nación, y a esta distinción, siguieron otras de otros países.

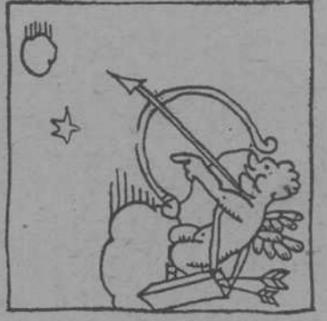
Daguerre, el inventor de la fotografía, murió rico y con honores, en julio de 1851, en una finca donde vivía retirado.

—Papa, si no te quitas esta correa te saldrá un reloj de pulsera

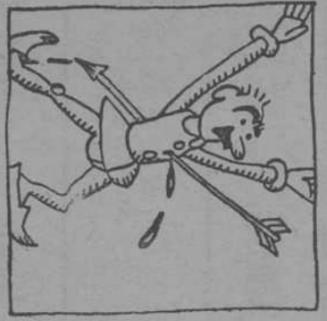


B. S. N.

Relato breve y curioso, de un país maravilloso



Y presenciando la soba, Juana se ríe (no es coha).



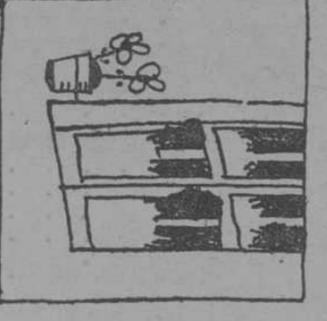
Que se le entra, de rondón, en mitad del corazón.



Querribin, oye su endecha, y le dispara una flecha.



Pero como aún alienta, el forador no escarmenta.



Y canta, con voz galana, debajo de una ventana.



Hasta que alguien que le escucha, le "premia" con una ducha.